

# AVENTURA EN EL CASTILLO

(The Castle of Adventure, 1946)

**ENID BLYTON**

¿Quieres colaborar con Librodot.com? Envía material a:  
[libro@librodot.com](mailto:libro@librodot.com) o [biblioteca.librodot@gmail.com](mailto:biblioteca.librodot@gmail.com)

BIBLIOTECA

<http://www.librodot.com>

BLOG

<http://librodot.blogspot.com/>

FACEBOOK:

<http://www.facebook.es/people/Biblioteca-Librodot/722291104>

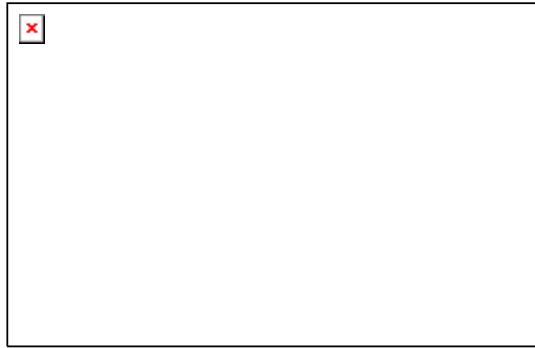
TWITTER:

<http://twitter.com/librodot>

---

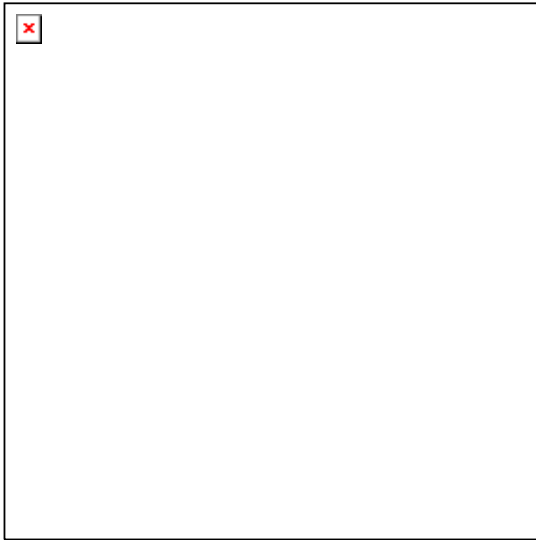
1

<http://www.librodot.com>



## CAPÍTULO PRIMERO

### LAS VACACIONES



Dos niñas ocupaban el asiento de la ventana en su estudio del colegio. Una de ellas tenía el cabello ondulado y rojo y tantas pecas, que hubiese resultado imposible contarlas. El cabello de la otra era oscuro y se alzaba por delante, formando un gracioso copete.

–Un día más, y empiezan las vacaciones –dijo la pelirroja Lucy, mirando a Dolly con ojos de un color verde extraño–. ¡Qué ganas más grandes tengo de ver a Jack otra vez! Un curso entero sin tenerle a mi lado me parece una eternidad.

–Pues a mí no me importa nada estar separada de mi hermano –anunció Dolly, riendo–. No es que sea malo Jorge, pero me pone los nervios de punta con todos esos animalitos e insectos que suele llevar encima.

–Menos mal que hay un día de diferencia entre sus vacaciones y las nuestras –dijo Lucy–. Seremos nosotras las primeras en llegar a casa. Podremos echar una mirada a nuestro alrededor y, luego al día siguiente, nos encontraremos con ellos... ¡Hurra!...

–¿Cómo será ese sitio que ha alquilado mamá para pasar el verano? –murmuró Dolly–. Voy a leer su carta otra vez.

Se sacó la carta del bolsillo, y volvió a leerla, aprisa.

–No dice gran cosa. Sólo que quiere que nos limpien y decoren la casa y que por eso ha alquilado otra en las colinas para que pasemos las vacaciones. Toma, lee...

Ofreció la carta a Lucy, que la tomó y leyó con interés.

–Sí..., es un sitio que se llama Spring Cottage, y que se encuentra en la ladera de la Colina del Castillo. Dice que es un lugar bastante solitario, donde hay pájaros silvestres a montones..., conque Jack se pondrá más contento que unas Pascuas.

–Lo que no comprendo es cómo puede estar tu hermano tan chiflado por los pájaros –dijo Dolly–. Le pasa con ellos lo que Jorge con los insectos y todos esos bichos.

–Jorge es una maravilla con los animales –observó Lucy, que sentía una gran admiración por el hermano de Dolly–. ¿Te acuerdas de aquel ratón al que enseñó a tomarle las migas de pan de entre los dientes?

–¡Oh, no me recuerdes esas cosas! –exclamó Dolly, con un estremecimiento.

No podía soportar ni la presencia de una araña, y los murciélagos y los ratones le hacían dar gritos de alarma. A Lucy le parecía la mar de raro que, habiendo vivido tantos años con un niño tan enamorado de los animales como Jorge, pudiera seguir teniéndoles miedo.

–Te hace rabiar mucho, ¿verdad? –dijo, recordando con cuánta frecuencia le metía Jorge a su hermana ciempiés debajo de la almohada y cucarachas en los zapatos.

No era necesario que la otra respondiese. Jorge era un verdadero tormento cuando se lo proponía. Gozaba dando sustos a la niña. Por eso no era extraño que tuviese Dolly tan mal genio.

–¿Cómo le habrá ido a “Kiki” este curso? –murmuró Dolly.

“Kiki” era el loro de Jack, un pájaro la mar de listo que imitaba las voces y los ruidos con una habilidad sorprendente. Jack le había enseñado muchas frases; pero “Kiki” había aprendido muchas más por su cuenta, principalmente las que oyera en boca de un tío muy cascarrabias con el que antaño vivieran Lucy y Jack.

–A “Kiki” no quisieron dejarle estar con Jack en el colegio este curso –contestó Lucy, con tristeza–. Es una lástima... Pero consiguió encontrar en la población a un amigo que se encargara de vigilarle. Y va a verle todos los días. Aunque, la verdad, yo creo que debieran haberle permitido que lo tuviese a su lado.

Teniendo en cuenta que “Kiki” no hacía más que decirle al director que no respingara, y al maestro de Jack que se limpiara los pies, y que despertaba a todo el mundo por la noche silbando como una locomotora –dijo Dolly–, no me extraña que no quisieran admitirle este curso. Sea como fuere, podremos tenerle con nosotros durante las vacaciones, y eso resultará agradable. Le quiero mucho a “Kiki”..., no parece un pájaro sino igual que uno de nosotros.

El loro era, en efecto, un buen compañero. Aun cuando no sostenía una conversación como es debido con los niños, sabía charlar hasta por los codos cuando le daba la gana y decía las cosas más absurdas, haciendo desternillarse de risa a todos. Adoraba a Jack y, cuando éste se lo permitía, se estaba horas y horas posado en su hombro.

Las niñas se alegraban de que estuvieran tan cercanas las vacaciones. Los dos muchachos, ellas y el loro, lo pasarían muy divertido juntos. Lucy, en particular, aguardaba con verdadera ilusión el momento de hallarse con la linda y alegre mamá de Dolly.

Jack y Lucy Trent no tenían padre ni madre y habían vivido durante muchos años con un tío anciano y de muy mal genio. Hasta que conocieron, por casualidad, a Jorge y a Dolly Mannering. Estos dos últimos no tenían padre, pero sí una madre que trabajaba como una negra para poder mantenerles y educarles. Tanto, tanto trabajaba, que no había tenido ni tiempo para hacerles un hogar. Con que los mandaba a un pensionado y, durante las vacaciones, a casa de unos tíos.

Pero las cosas habían cambiado ya. La madre de Dolly contaba ya con dinero suficiente para formar un hogar y había ofrecido dar casa también a Jack y Lucy<sup>1</sup>. Conque, durante el curso escolar, las dos niñas iban al colegio juntas, y los dos niños a otra escuela. Al terminar el curso, los cuatro se reunirían con la señora Mannering, madre de Jorge y Dolly.

–¡Se acabaron los tíos y las tías! –exclamó alegremente Dolly, a quien el anciano y siempre abstraído tío Jocelyn nunca le había inspirado mucha simpatía–. Ahora..., ¡a disfrutar de una casa preciosa con mi madre!

Durante las próximas vacaciones, iban a estar todos juntos en la casita alquilada por la señora Mannering. Es verdad que Dolly experimentaba cierta desilusión. Hubiese querido ir al hogar que su madre estaba preparando para todos. Sin embargo, no podía menos de aguardar, con cierta ilusión, el momento de encontrarse en Spring Cottage. Daba la sensación de ser un sitio agradable. ¡Y, qué paseos más hermosos darían por las colinas! ¡Qué meriendas más divertidas!

---

<sup>1</sup> Véase «Aventura en la isla».

–¿Te acuerdas de esa aventura tan bonita que corrimos el verano pasado? –murmuró, dirigiéndose a Lucy, que miraba, soñadora, por la ventana, pensando en lo magnífico que sería ver a su hermano Jack dos días más tarde.

Lucy movió afirmativamente la cabeza.

–Sí –repuso–. Fue la mar de emocionante. Pero, ¡ay, el miedo que pasé a ratos! Esa isla tenebrosa..., ¿la recuerdas, Dolly?

–Sí... Y el pozo aquel que se hundía en las profundidades de la tierra... Y cómo nos perdimos allá abajo..., ¡eso sí que fue una aventura! Y nada me importaría correr otra igual.

–¡Qué rara eres! –exclamó Lucy–. Tiembles y tiritas cuando ves una araña y, sin embargo, parece disfrutar corriendo aventuras espeluznantes, que yo tiemblo con sólo recordarlas.

–Bueno..., ya no correremos más –dijo Dolly, no sin cierto sentimiento–. Supongo que una aventura como ésa es lo bastante para toda una vida. Apuesto a que los chicos no dejan de hablar de ella un instante. ¿Recuerdas lo imposible que nos resultó hacerles callar en Navidades?

–¡Oh!..., ¡ya podrían venir más aprisa las vacaciones! –exclamó Lucy, alzándose de su asiento, con desasosiego–. No sé por qué se hacen tan interminables siempre los últimos dos o tres días.

Pero todo llega en este mundo, hasta las vacaciones. Y las dos niñas marcharon al día siguiente con muchas otras compañeras, riendo y charlando hasta por los codos. El equipaje iba en el furgón– Llevaban dos billetes en el portamonedas. El corazón les latía con violencia. La alegría les inundaba el cuerpo. ¡Las vacaciones! ¡Las vacaciones por fin! ¡Lo que iban a disfrutar! ¡Lo que iban a divertirse!

Tuvieron que cambiar dos veces por tren; pero Dolly sabía cómo hacer esas cosas. Lucy era muy tímida y se quedaba siempre cohibida ante los extraños. Dolly, sin embargo, con sus doce añitos, no le aguantaba ninguna impertinencia a nadie. Era una muchacha decidida y llena de aplomo, que sabía defender sus derechos.

Por fin llegaron a la estación de destino. Saltaron a tierra, y Dolly llamó al único mozo, que acudió a recoger su equipaje.

–¡Ahí está mamá! –exclamó luego la niña.

Y corrió hacia la linda señora de ojos brillantes que había salido a recibirlas.

No era muy amiga Dolly de los abrazos ni de las caricias. El beso que le dio a su madre, más pareció un picotazo. Pero Lucy se encargó de compensar a la señora Mannering, dándole un fuerte y prolongado abrazo, además de frotarle la barbilla con la pelirroja cabeza.

–¡Oh! –exclamó, pensando por centésima vez cuan afortunada era Dolly en tener madre propia–. ¡Qué alegría verla otra vez!

Le agradecía enormemente a su amiga que le permitiese compartirla. No era muy agradable no tener padres que le escribiesen a una y le dieran la bienvenida a casa. Pero la señora Mannering siempre le daba la sensación de que la quería y de que deseaba tenerla a su lado.

–Tengo el coche esperando fuera –dijo ésta–. Vamos. El mozo cuidará del equipaje.

Salieron de la minúscula estación rural a un camino con terraplenes cubiertos de flores primaverales. Estaba azul el cielo, y el aire era suave y cálido. Lucy se sintió muy feliz. Era el primer día de las vacaciones. Se hallaba junto a la linda madre de Dolly. Al día siguiente se reunirían los niños con ellas.

Ocuparon el automóvil que aguardaba. El mozo cargó los baúles. La señora Mannering se sentó al volante.

–Spring Cottage se encuentra algo distante –dijo–. Tenemos que bajar al pueblo cuando nos hace falta algo... salvo los huevos, la mantequilla y la leche, que obtengo en una granja vecina. Pero es una comarca preciosa y podréis dar unos paseos magníficos. En cuanto a los pájaros se refiere..., bueno. ¡Jack va a disfrutar de lo lindo!

–Y ahora es cuando hacen los niños... No hará otra cosa que pensar en ellos –dijo Lucy, un tanto celosa de las aves que acaparaban hasta tal punto la atención y el tiempo de su hermano.

Las muchachas miraron a su alrededor por el camino. La comarca era lindísima, en efecto, montañoso el terreno, azules y emocionantes las colinas en la lejanía. El vehículo bajó un camino por el valle de un río serpeante, y luego empezó a ascender una pendiente ladera.

–¿Está nuestra casita en esta colina? –preguntó Dolly, con emoción–. ¡Qué vistas más bonitas habrá!

–Las hay, en efecto –asintió la madre–. Se ven las colinas del otro lado del valle, y una serie de montañas más que se alzan detrás.

El automóvil tenía que ir muy despacio ahora, porque el camino era empinado. A medida que iba ascendiendo les era posible ver más y más del otro lado del valle. Lucy alzó de pronto la mirada para ver a qué altura se hallaban, y exhaló una exclamación:

–¡Mira! ¡Mira ese castillo que hay en la cima! ¡Oh, míralo, Dolly!

La niña miró. Se trataba de un castillo viejo, que imponía en verdad. Se alzaba un torreón a cada lado, y los muros daban la sensación de ser muy gruesos. Tenía espilleras y ventanas muy anchas también, cosa que resultaba chocante.

–¿Es un castillo antiguo de verdad? –inquirió alegremente Lucy.

–No..., no del todo –respondió la señora Mannering–. Parte de él es antiguo; pero el resto se ha restaurado y reconstruido, de forma que resulta una verdadera mezclanza. Nadie lo habita en la actualidad. Ni sé a quién pertenece tampoco..., nadie parece saberlo ni parece importarle a ninguno. Está cerrado, y por lo que oigo decir no tiene muy buena fama.

–¿Por qué? ¿Es que ha ocurrido algo terrible allí alguna vez? –preguntó Dolly, emocionada.

–Creo que sí. Pero no sé una palabra de él, en realidad. Más vale que no os acerquéis, sin embargo, porque el camino que conduce arriba es peligroso como consecuencia de un corrimiento de tierras o algo así. ¡Dicen que parte del castillo está a punto de resbalar por la colina!

–¡Caramba! ¡Espero que no irá a caérsenos encima de la casa! –exclamó Lucy, algo asustada.

La señora Mannering se echó a reír.

–Claro que no. Está demasiado apartado... Mirad..., ésa es nuestra casita, oculta allá entre los árboles.

Era una casita preciosa, con techumbre de bálago y de emplomadas ventanas. Las niñas se enamoraron de ella en cuanto la vieron.

–Se parece un poco a la casa que compraste para nosotros –dijo Dolly–. También ésa es bonita. ¡Oh, mamá! ¡Vamos a pasarlo muy bien aquí! ¡Cómo se emocionarán los niños!

Había un cobertizo bastante grande junto al edificio y en él metió la señora Mannering el coche. Todos se apearon rápidamente.

–Dejad el equipaje de momento –dijo la mamá de Dolly–. El hombre de la granja lo meterá en casa. Y, ahora..., ¡bien venidos a Spring Cottage!

## CAPÍTULO II

## LLEGAN LOS NIÑOS... CON "KIKI"

Las dos niñas se pasaron aquel día y la mañana siguiente explorando la casa. Era, desde luego, pequeña, pero tenía el tamaño suficiente para darles cabida a todos. Había una cocina estilo antiguo, y una minúscula sala, y en el piso superior, tres alcobas pequeñas.

–Una para mamá –dijo Dolly–, otra para ti y para mí, Lucy, y la otra para nuestros hermanos. Mamá cocinará y hemos de ayudar todos a hacer el trabajo de la casa, que no será gran cosa. ¿Verdad que es muy linda nuestra alcoba?

Era una habitación metida debajo del tejado con una ventana que sobresalía por entre el bálago. Las paredes tenían una inclinación rara, y el techo estaba inclinado también. El suelo era muy desigual y las puertas tan bajas que Dolly, que se estaba haciendo muy alta ya, se veía obligada a agachar la cabeza para poder pasar por alguna de ellas.

–Spring Cottage –dijo–. Es un nombre bonito para esta casa. Sobre todo en primavera.

–La llaman así por el manantial que hay detrás –explicó la madre–. El agua brota primero en el patio del castillo, según tengo entendido, se mete por un túnel que ella misma ha abierto, surge como nuevo manantial por encima de esta casa, cruza nuestro jardín, y desaparece luego colina abajo<sup>1</sup>.

Las muchachas exploraron el arroyuelo. Encontraron el punto por donde manaba, y Dolly probó el agua. Era fresca y clara como el cristal. Le gustaba oír su gorgoteo en el descuidado jardín. Lo oyó toda la noche con delicia.

La vista desde la casita era magnífica. Podían ver todo el valle y el serpeante camino que conducía, ladera arriba, hasta la casa. Allá lejos, en la distancia, estaba la estación de ferrocarril, que parecía un edificio de juguete.

–Igual que la locomotora y los vagones que tenía Jack –dijo Lucy, recordando–. Y, ¡cómo se enfadaba tío Godofredo cada vez que la poníamos en marcha! Acostumbraba decir que hacía más ruido que una tormenta. ¡Ah, cuánto me alegro de que no vivamos ya con él!

Dolly consultó su reloj.

–Ya es casi hora de ir a esperar el tren –dijo–. Apuesto a que los chicos están excitados a más no poder. Ven, vamos a buscar a mi madre.

La señora Mannering estaba a punto de sacar el coche del cobertizo. Las niñas montaron a su lado. Lucy estaba muy emocionada, tantas eran sus ganas de ver a Jack de nuevo. Y a Jorge también. ¡Ojalá no tuviera Dolly uno de sus arranques de genio demasiado pronto! Jorge y ella reñían mucho más de lo que debieran.

Llegaron a la estación. Lucy se paseó por el andén esperando que se anunciara la proximidad del tren. La señal cambió, por fin, con alarmante ruido y, casi en el mismo instante, se vio aparecer una nube de humo y dobló la curva la locomotora.

<sup>1</sup> Spring significa primavera, y la misma palabra puede traducirse también por manantial. (N. del E.)



Los dos niños estaban asomados a las ventanillas, agitando las manos y gritando. Las niñas les saludaron a gritos también, poniéndose a continuación a bailar de contentó.

–¡Ahí está "Kiki"! –exclamó Lucy–. ¡"Kiki"!

El loro soltó un chillido y voló del hombro de Jack para aterrizar sobre el de la niña, a la que frotó la mejilla con el pico, haciendo un ruido raro. Estaba encantado de verla.

Los muchachos saltaron del vagón. Jack corrió a Lucy y le dio un fuerte abrazo al que correspondió ella con otro, brillándole los ojos como estrellas. "Kiki" exhaló otro chillido y volvió al hombro de Jack.

–Límpiate los pies –le dijo con severidad al sobresaltado mozo–. Y, ¿dónde tienes el pañuelo? Jorge le sonrió a su hermana Dolly.

–¡Hola, chica! –le dijo–. ¡Cómo has crecido! Menos mal que he crecido yo también, si no serías tan alta como yo. ¡Hola, Lucy..., tú no has crecido! ¿Has sido buena en el colegio?

–¡No hables como una persona mayor! –le contestó Dolly–. Mamá aguarda fuera, en el coche. Ven a verla.

El mozo recogió el equipaje con una carretilla y siguió a los cuatro niños, que estaban la mar de excitados. "Kiki" fue a posarse sobre las maletas, y miró al hombre con ojos relucientes.

–¿Cuántas veces he de decirte que cierres la puerta? –preguntó.

El mozo soltó la carretilla, alarmado. No sabía si contestarle a aquel pájaro tan extraordinario.

"Kiki" soltó una risa igual que la de Jack y salió volando hacia el automóvil, intentando posarse sobre el hombro de la señora Mannering. La madre de Dolly le resultaba muy simpática.

–Atención, por favor –dijo el loro, con severidad–. Abrid los libros por la página seis.

Todos se echaron a reír.

–Ha aprendido eso de uno de los maestros –les dijo Jack–. ¡Oh, tía Allie, no sabes la gracia que ha tenido durante el viaje! Asomaba la cabeza por la ventanilla en todas las estaciones y decía "¡adelante!" como se lo había oído decir al jefe del tren y, ¡había que ver la cara del maquinista!

–No sabes cuánto me alegro de tenerte otra vez conmigo –dijo Lucy, pegándose a su hermano.

Le adoraba, aun cuando él apenas le hacía caso. Subieron al automóvil y el mozo cargó el equipaje como pudo, sin perder de vista al loro.

–Haz el favor de cerrar la puerta –ordenó éste.

E inició una de sus interminables risitas.

–Cállate, "Kiki" –le dijo Jack, viendo la cara de sobresalto del mozo–. Pórtate como es debido, o te vuelvo a mandar al colegio.

–¡Oh, qué niño tan malo! –contestó el pájaro–. ¡Oh, qué malo, malo, malo, malo...!

–¡Te sujetaré el pico con una goma como te atrevas a decir otra palabra! –amenazó Jack–. ¿No estás viendo que quiero hablar con tía Allie?

Jack y Lucy llamaban tía Allie a la señora Mannering porque resultaba más agradable y cariñoso. A ella, por su parte, le eran muy simpáticos los dos niños, y en particular Lucy, por ser ésta muchísimo más dulce y afectuosa de lo que había sido jamás.

–Oye –exclamó Jorge, mirando por la ventanilla del automóvil–, ¿sabes que esta comarca parece emocionante? ¡Hay pájaros en abundancia para ti, Pecas... y animales de sobra para mí!

–¿Dónde está esa rata parda que tenías en el colegio? –preguntó Jack, mirando de reojo a Dolly. Ésta soltó inmediatamente un chillido.

Jorge empezó a rebuscar en los bolsillos, metiendo la mano en uno y después en otro, mientras Dolly le contemplaba horrorizada, esperando ver aparecer una rata parda.

–¡Mamá! ¡Para el coche y déjame ir a pie! –suplicó–. Jorge lleva una rata encima.

–Aquí está... oh, no, es el pañuelo –murmuró Jorge–. ¡Ah!, ¿qué es esto?... No, tampoco. Ahora..., vaya, ya está...

Fingió estar intentando sacar, con dificultad, algo del bolsillo.

–Conque quieres morderme, ¿eh? –dijo.

Dolly volvió a chillar. La madre paró el coche. Dolly agarró el tirador de la portezuela disponiéndose, asustada, a abandonar el vehículo.

–Tú no te muevas, Dolly –le dijo la señora Mannering–. Jorge, baja tú y llévate a ese bicho contigo. Estoy completamente de acuerdo con Dolly... No quiero que ande corriendo por encima de nosotros ninguna rata. Conque puedes apearte e ir a pie.

–Mira, mamá, la verdad es que... me he dejado la rata en el colegio –contestó el niño, riendo–. Sólo quería hacerle rabiarse un poco a Dolly.

–¡Bruto! –exclamó la niña.

–Me lo imaginaba –dijo la madre, poniendo el vehículo en marcha de nuevo–. Bueno, anda con cuidado, porque has estado a punto de tener que ir a casa a pie. A mí no me molesta ninguno de los bichos que recoges..., salvo las ratas y las culebras. Y, ahora, ¿qué os parece Spring Cottage?

A los niños les gustó tanto como les había gustado a las niñas. Pero lo que verdaderamente les encantaba era el castillo. Dolly se olvidó de poner morro al señalárselo a los muchachos.

–Subiremos allá –dijo inmediatamente Jack.

–Me parece que no –intervino la señora Mannering–. Acabo de explicarles a las niñas que es un lugar muy peligroso.

–Pero..., ¿por qué? –inquirió Jack, chasqueado.

–Hubo un corrimiento de tierras en el camino, y nadie se atreve a subir a él por ahora. También he oído decir que todo el castillo está resbalando y que podía desmoronarse si se corriera un poco más la tierra.

–Eso suena la mar de emocionante –dijo Jorge, brillándoles los ojos.

Entraron en la casita, y las muchachas les enseñaron su alcoba bajo el tejado. Lucy estaba tan encantadora de encontrarse con Jack de nuevo, que apenas podía dejarle solo un segundo. El niño se parecía mucho a su hermana, con su cabello de un rojo profundo, los ojos verdes y centenares de pecas. Era un muchacho muy natural y bondadoso y la mayoría de la gente lo encontraba simpático desde el primer instante.

Jorge, a quien Jack llamaba con frecuencia Copete, se parecía mucho a su hermana también; pero tenía mucho mejor genio. Tenía el mismo mechón indómito de pelo delante, que era característica, al propio tiempo, de la madre. Por eso, al referirse a ellos, Jack los llamaba, con frecuencia, "Los Tres Copetes". Los muchachos eran de un poco más edad que las niñas, y muy buenos amigos en verdad.

–¡Las vacaciones por fin! –dijo Jorge, abriendo su baúl.

Dolly lo observó atentamente desde una distancia prudencial.

–¿Llevas algún bicho ahí dentro? –quiso saber.

–Sólo un erizo jovencito –le contestó su hermano–. Y no te preocupes, que no tiene pulgas.

–Apuesto a que sí –dijo Dolly, retrocediendo unos pasos–. No me olvidaré nunca del erizo que encontraste el verano pasado.

–Te digo que este recién nacido no tiene ni media pulga –insistió Jorge–. Compré un insecticida en la farmacia y se lo eché por encima y está más limpio que una patena. Aún no se le han vuelto pardas las púas.

Las niñas contemplaron con interés la minúscula bola llena de pinchos que llevaba entre los jerseys del baúl. Se desenrolló ésta un poco, asomando un hociquito.

–Es muy mono –dijo Lucy.

Y ni a la propia Dolly parecía asustarla.

–El único inconveniente que tiene es que va a resultar demasiado espinoso para llevarlo encima –observó Jorge, metiéndoselo en el bolsillo del pantalón.



–Seguramente dejarás de cargar con él en cuanto te hayas sentado encima un par de veces. Las púas se encargarán –dijo Dolly.

–Es muy probable –asintió el hermano–. Y procura tú no molestarme demasiado, Dolly..., ¡estaría que ni pintado para metértelo en la cama!

–Dejaos de discutir y salgamos a explorar –intervino Jack–. Lucy dice que hay un manantial en el jardín que baja desde el castillo.

–Yo soy el rey del castillo –anunció "Kiki", meciéndose encima de la mesa de tocador–. ¡Quiquiriquí suena el pito!

–Me parece que te estás haciendo un lío –dijo Jack–. Vamos..., ¡a salir todos!

## CAPÍTULO III

## LA VIDA EN SPRING COTTAGE

Los primeros días fueron muy felices en verdad. Los cuatro niños y “Kiki” vagaron a su antojo y Jack encontró tantos centenares de nidos que se quedó maravillado. Los pájaros le gustaban con locura y, de habérselo permitido los otros, se hubiese pasado horas y horas contemplándolos.

Se excitó sobremanera cierto día porque dijo haber visto un águila.

–¡Un águila! –exclamó Dolly, con incredulidad–. Pero, ¡si yo tenía entendido que se habían extinguido y que ya no se encontraba ninguna, igual que el Alca Mayor de la que hablas tanto!<sup>1</sup>

–Las águilas no se han extinguido –repuso Jack, con desdén–. Eso demuestra tu ignorancia. Estoy seguro de que lo que vi era un águila. Se alzó muy alto, como se dice que hacen las águilas. Yo creo que era un águila real.

–¿Es peligrosa? –inquirió Dolly.

–Supongo que quizá te atacara si te acercases demasiado a su nido. ¡Troncho! ¡Si anidara en algún sitio cercano!...

–Bueno, pues lo que es yo, no pienso ir a buscar nidos de águilas –dijo Dolly, con firmeza–. Sea como fuere, Jack, ya has encontrado más de cien nidos..., ¿no tienes bastante con eso sin necesidad de ponerte a buscar nidos de águilas también?

Jack nunca se llevaba los huevos de un nido, ni molestaba a los pájaros que estuviesen incubando. Ningún pájaro le tenía miedo, como tampoco le temía a Jorge ningún animal. Si Lucy o Dolly echaban una mirada siquiera a un nido, el ave que estuviese dentro huía alarmada, pero permitía a Jack que la acariciase sin mover ni una pluma. Era singular en verdad.

“Kiki” les acompañaba siempre en sus excursiones, posado en el hombro de Jack. Éste le había enseñado al loro a no hacer ruido alguno cuando estuviese observando a un pájaro; pero a “Kiki” no parecían gustarle mucho las cornejas que anidaban por los alrededores. Había una colonia de ellas en un macizo de árboles no muy lejano, y el loro iba con frecuencia a posarse en una rama para dirigirles insultos a las asombradas aves.

–Es una lástima que no puedan contestarle –observó Jorge–. Lo único que dicen es “Coo... cooo cooo.”

–Sí, y “Kiki” las imita –contestó Jack–. Se pasaría horas graznando si yo no le hiciera callar, ¿verdad, “Kiki”?

El loro le cogió la oreja con el corvo pico y se la acarició con dulzura. Le encantaba que le hablase Jorge. Hizo un ruido peculiar y murmuró, amoroso:

–Cooo... cooo... cooo...

–Bueno, basta –dijo Jack–. Ve a escuchar a un ruiseñor o algo así, e imítale. El graznido de un cuervo no es como para maravillar a nadie. ¡Cállate, “Kiki”!

“Kiki” calló y soltó un estornudo muy bien imitado.

–¿Dónde tienes el pañuelo? ¿Dónde tienes el pañuelo? –preguntó.

Con gran delicia de Lucy, Jack le dio un pañuelo, y “Kiki” se pasó unos minutos con él en una garra, dándose en el pico y respingando sin cesar.

–Un truco nuevo –explicó Jack, sonriendo–. No está mal, ¿verdad?

Se podían dar paseos magníficos por los alrededores de la casita. El pueblo se encontraba a tres millas de distancia y, a excepción de unas cuantas cosas y de la única tienda de allá, que vendía de todo, no había más edificios salvo una o dos granjas y una casita solitaria aquí y allá por la colina.

–No es fácil que tengamos ninguna aventura aquí –dijo Jorge–. ¡Está todo tan tranquilo y tan apacible! La gente del pueblo apenas tiene nada que decir. Contestan “Sí, así es” a todo.

<sup>1</sup> Véase «Aventura en la isla».

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

